

sía, que hubiera querido desembarcar en Esfax, y desde allí dirigirme por tierra á Túnez; pero el capitán no se atrevió á buscar este puerto, cuya entrada es en efecto peligrosa. Ocho días permanecimos al ancla en la pequeña sirte, donde vi empezarse el año 1807. ¡Bajo cuántos astros, y en cuán diferentes fortunas había visto ya renovarse para mí los años que se deslizan tan rápidos, ó que se arrastran tan lentos! ¡Cuán lejos de mí estaban los tiempos felices de mi niñez, en que recibía con un corazón que palpitaba de alegría la bendición y los presentes paternos! ¡Con cuánta vehemencia esperaba el primer día del año! ¡Y entonces, en extranjera nave, en medio del borrascoso mar, á la vista de una tierra bárbara, ese primer día volaba para mí sin testigos, sin placeres, sin los abrazos de familia, sin esos tiernos deseos de felicidad que una madre forma con tanta sinceridad en bien de sus hijos. Aquel día, que se levantaba del seno de las tormentas, solo derramaba sobre mí frente amarguras, tristes recuerdos y cabellos blancos.

No obstante, creímos que debíamos celebrar su festividad, no como la de un huésped agradable, sino como la de un antiguo conocido. Degollamos los pollos restantes, á escepcion de un animoso gallo, nuestro fiel reloj, que no había cesado de velar y cantar en medio de los mayores peligros. El rabino, el berberisco y los dos moros salieron de la cala del buque, y vinieron á recibir sus aguinados en nuestro festín; ¡tal era mi banquete de familia! Brindamos por la Francia, no lejos de la isla de los Lotófagos, donde los compañeros de Ulises olvidaron su patria, aunque no conozco frutos bastante dulces para hacerme olvidar la mía.

Tocábamos casi las islas de Kerkeni, las *Cercina* de los antiguos. En tiempo de Estrabon había pesquerías en frente de estas islas, como en la actualidad. Las *Cercina* fueron testigos de dos grandes reveses de fortuna, porque vieron pasar alternativamente fugitivos á Anibal y Mario. Estábamos cerca de Africa (*Turris Annibalis*), donde el primero de estos eminentes varones se vió precisado á embarcarse para sus traerse á la ingratitude de los cartagineses. Esfax es una ciudad moderna: segun el doctor Shaw, deriva su nombre de la palabra *Sfakousse*, en razon de la multitud de cohombros que crecen en su territorio.

El 6 de enero de 1807 se aplacó al fin la tempestad; y abandonando la pequeña sirte, subimos á lo largo de la costa de Túnez, y el 10 doblamos el cabo Bueno, objeto de todas nuestras esperanzas. El 11 fondeamos bajo el cabo de Cartago, y el 12 echamos anclas delante de la Goleta, escala ó puerto de Túnez. Enviamos á tierra el bote, y escribí á Mr. Devoise, cónsul francés cerca del bey, pues temia sufrir otra cuarentena, pero el cónsul me alcanzó el permiso de desembarcar el 18; no puedo expresar la alegría con que abandoné el buque. Alquilé caballos en la Goleta; y dando la vuelta al lago, llegué á las cinco de la noche á casa de mi nuevo huésped.

SEPTIMA Y ULTIMA PARTE.

VIAJE Á TÚNEZ Y REGRESO Á FRANCIA.

En casa de Mr. y madama Devoise hallé la hospitalidad mas generosa y la sociedad mas amable; tuvieron la bondad de retenerme seis semanas en el seno de su familia, y al fin disfruté un descanso de que me sentia hartamente menesteroso. Acercábase el Carnaval, y todos pensaban en divertirse y reír á despecho de los moros. Las cenizas de Dido y las ruinas de Cartago oían el sonido del violín francés. Nadie se cuidaba de Escipion ni de Anibal, ni de Mario, ni de Caton de Útica, á quien se hubiera hecho beber (pues era aficionado al

vino), si le hubiese pasado por las mientes la idea de ir á acechar la alegre concurrencia. Solo San Luis hubiese sido respetado en su calidad de francés; pero el buen y gran rey no hubiese visto con disgusto que sus súbditos se solazasen en el mismo lugar donde tanto había sufrido.

El carácter nacional es indeleble. Nuestros marineros dicen que en las nuevas colonias los españoles empiezan por edificar una iglesia, los ingleses una taberna y los franceses un fuerte; yo añado una sala de baile. Hallándome en América, en la frontera de los países salvajes, supe que á la primera jornada hallaría entre los indios á un compatriota mio. Al llegar á los Cayoungas, tribu que formaba parte de la nacion de los Iroqueses, mi guia me llevó á un bosque, en cuyo centro se veía una especie de granja donde hallé unos veinte salvajes entre hombres y mujeres, pintarrajados á manera de hechiceros, medio desnudos, con las orejas recortadas, sendas plumas de cuervo en la cabeza, y gruesos anillos pasados para la extremidad de la nariz. Un francés empolvado y peinado como en otro tiempo, con cascaca color verde-manzana, chupa de droguete (1), guirindola y vueltos de muselina, tocaba, mejor diria rascaba un violín de bolsillo, y hacia bailar el *Madelon Friquet* á aquellos iroqueses. Mr. Violet (que tal era su nombre), era profesor de baile entre los salvajes, que le pagaban gozosos sus lecciones en pieles de castor y pernils de oso; había sido marmiton al servicio del general Rochambeau durante la guerra de América, y habiéndose quedado en Nueva-York despues de la retirada de nuestro ejército, concibió el alto propósito de enseñar las bellas artes á los americanos. Habiendo visto coronadas sus filantrópicas miras con un resultado feliz, el nuevo Orfeo llevó la civilizacion hasta las hordas errantes del Nuevo-Mundo. Al hablarme de los indios, me decia siempre: «Estos señores salvajes y estas señoras salvajesas;» felicitábase mucho de la agilidad de sus discípulos, y en verdad con razon, pues en toda mi vida he visto hacer tan descomunales piruetas. Mr. Violet, teniendo su violinejo entre su barba y pecho, templaba el fatal instrumento, y gritaba en iroqués: «¡Cada cual á su puesto!» Y la regocijada turba saltaba y brincaba como una bandada de demonios. ¡Ved aquí el genio de los pueblos!

Bailamos á nuestra vez sobre las ruinas de Cartago. Habiendo vivido en Túnez absolutamente como en Francia, dejaré ya de seguir las fechas de mi diario. Trataré, pues, los asuntos de una manera general, y segun el orden en que se presentan á mi memoria. Pero antes de hablar de Cartago y de sus ruinas, debo nombrar á las diferentes personas que conocí en Berberia. Además del cónsul de Francia, veía con frecuencia á Mr. Lessing, cónsul de Holanda, y á su cuñado Mr. Humberg, oficial de ingenieros holandés, gobernador de la Goleta, en cuya compañía visité las ruinas de Cartago, teniendo muchos motivos para elogiar su carácter complaciente y cortés. Encontré tambien á Mr. Lear, cónsul de los Estados-Unidos. Yo había sido recomendado en otro tiempo en América al general Washington; y habiendo ocupado Mr. Lear un puesto cerca de este gran hombre, quise hacerme dar paso, en memoria de mi ilustre patron, en un schooner de los Estados-Unidos. Este schooner me dejó en España, como diré al fin de este *Itinerario*. Por último, vi en Túnez, tanto en la legacion como en la ciudad, á muchos franceses jóvenes á quienes no era extraño mi apellido. Ni debo olvidar los restos de la apreciable familia de Mr. Andanson.

Si la multitud de relaciones fatiga al escritor que se propone hablar en la actualidad del Egipto y la Judea, experimenta respecto de las antigüedades de Africa un inconveniente enteramente contrario por la

(1) Cierta género de tela.

escasez de documentos. No porque carezcamos de *Viajes* á Berberia, pues conozco hasta treinta *Relaciones* de los reinos de Marruecos, Argel y Túnez, sino porque estas relaciones son incompletas. Entre los antiguos *Viajes* debemos hacer mérito de la *Africa ilustrada* de Graminay, y la erudita obra de Shaw. Las *Misiones* de los frailes trinitarios y mercenarios encierran milagros de caridad, pero no hablan, ni deben hablar, de los romanos y los cartagineses. Las *Memorias* impresas á continuacion de los *Viajes* de Pablo Lucas, solo contienen la relacion de una guerra civil en Túnez. Shaw hubiera podido suplirlo todo, si hubiese hecho estensivas sus investigaciones á la historia; pero por desgracia no la considera sino bajo el punto de vista geográfico, y toca de paso las antigüedades; Cartago, por ejemplo, no ocupa en sus observaciones mas lugar que Túnez. Entre los viajeros modernos, lady Montague, el abate Poirer y Mr. Desfontaines dicen algunas palabras acerca de Cartago, pero sin pintarla bajo ningun aspecto. En Milan vió la luz pública en 1806, año de mi viaje, una obra titulada: *Ragguaglio di alcuni Monumenti di Antichità ed Arti, raccolti negli ultimi Viaggi d' un dilettante*.

Creo que en este libro se habla de Cartago, pero lei el anuncio demasiado tarde para hacerlo venir de Italia. Puede decirse, por consiguiente, que el asunto que voy á tratar es nuevo; abriré el camino, y me seguirán los eruditos.

Antes de hablar de Cartago, único asunto interesante aquí, es preciso empezar por desembarazarnos de Túnez. Esta ciudad conserva casi su antigua denominacion. Los griegos y latinos le llamaban *Tunes*, y el mismo Diodoro le da el epíteto de *Blanca*, por hallarse construida sobre una colina gredosa, á doce millas de Cartago, y casi á la orilla de un lago cuya agua es salada. Este lago comunica con el mar, por medio del canal llamado la *Goleta*, que está defendido por un castillo. Los buques mercantes fondean delante de él, ó se ponen al abrigo detrás del muelle de la Goleta, pagando un considerable derecho de anclaje.

El lago de Túnez podia servir de puerto á las escuadras de los antiguos; pero actualmente una de nuestras barcas tiene mucho trabajo en atravesarlo sin encañar. Para evitarlo, es preciso seguir el canal principal, indicado por unas gruesas estacas clavadas en su fondo. Ahulfeda señala en este lago una isla que sirve actualmente de lazareto. Algunos viajeros han hablado de los flamencos ó feniciopteros que animan aquel lagunazo, por otra parte bastante triste. Cuando estos hermosos pájaros vuelan en busca del sol, alargando su cuello, hácia delante y estirando hácia atrás sus patas, parecen flechas rodeadas de plumas de color de rosa.

Para llegar á Túnez desde las orillas del lago, es preciso atravesar un terreno que sirve de paseo á los francos. La ciudad está amurallada, y su circuito es de cerca de una legua, comprendiendo el arrabal exterior, llamado *Bled-el-Had-rah*. Las casas son bajas, las calles angostas, las tiendas pobres, y las mezquitas miserables. El pueblo, que se deja ver poco, tiene algo de feroz y salvaje. A las puertas de la ciudad se halla lo que se llama los *Siddi* ó los *Santos*: estos son unos negros y negras enteramente desnudos, devorados por ciertos parásitos, y revueltos entre inmundicia, que comen con insolencia el pan de la caridad. Aquellos nauseabundos seres están bajo la inmediata proteccion de Mahoma. El resto de la poblacion se compone de traficantes europeos, de turcos matriculados en Esmirna, de moros degenerados, de renegados y cautivos.

Los alrededores de Túnez son agradables, pues presentan vastas llanuras sembradas de trigo y rodeadas de colinas á que prestan sombra muchos olivos y algarrobos. Un acueducto moderno, de buen efecto, atraviesa un valle á espaldas de la ciudad; el bey tiene su casa de campo en el fondo de este valle. Desde

Túnez se descubren al Mediodia las colinas de que he hablado. Al Oriente se ven las montañas de Mamelife, de caprichosos perfiles y estraña figura, á cuyo pié se encuentran las aguas calientes conocidas de los antiguos. Al Norte y Occidente la vista se espacia por el mar, el puerto de la Goleta y las ruinas de Cartago.

Los tunecinos son, sin embargo, menos crueles y mas civilizados que los pueblos de Argel, pues dieron asilo á los moros de Andalucía que habitan en Tub-urbo, á seis leguas de Túnez, sobre el Me-Jerdah (1). El bey actual es un hombre discreto, que procura sus traerse á la dependencia de Argel, á que está sometida Túnez desde su conquista por los argelinos en 1757. Este príncipe habla el italiano, se produce con talento, y entiende mejor la política europea que la mayor parte de los orientales. Sabido es que Túnez fue embestida por San Luis en 1270, y tomada por Carlos V en 1535. Como la muerte de San Luis se relaciona con la historia de Cartago, hablaré de ella en otra parte. Carlos V derrotó al famoso Barba-Roja, y restableció en su trono al rey de Túnez, obligándolo, no obstante, á pagar un tributo á España; puede consultarse acerca de esto la obra de Roberston (2). Carlos V retuvo en su poder la Goleta; pero los turcos volvieron á tomarla en 1574.

Nada digo de la Túnez de los antiguos, porque no tardaremos en verla figurar en las guerras de Roma y Cartago.

Por lo demás, en Túnez me regalaron un manuscrito que trata del estado actual de este reino, de su gobierno, su comercio, sus rentas, sus ejércitos y sus caravanas. No he querido aprovecharme de este manuscrito, cuyo autor no conozco; pero sea quien fuere, es justo que recoja el honor debido á su trabajo, por lo cual, publicaré esta excelente *Memoria* al final de este *Itinerario* (3). Paso ahora á ocuparme de la historia y de las ruinas de Cartago.

El año 883 antes de nuestra era, precisada la reina Dido á abandonar su patria, fue á abordar al África. Cartago, fundada por la esposa de Siqueo, debió tambien su nacimiento á una de esas trágicas aventuras que señalan el origen de los pueblos, y que son como el gérmen ó presagio de esos males, frutos mas ó menos tardios de toda humana sociedad. Nadie ignora el feliz anacronismo de la *Eneida*. Tal es el privilegio del genio, que los infortunios poéticos de Dido forman parte de la gloria de Cartago. A la vista de las ruinas de esta ciudad, se buscan ávidamente las llamas de la hoguera fúnebre; créese oír las imprecaciones de una mujer abandonada, y se admiran esas poderosas mentiras que pueden ocupar la imaginacion en los lugares llenos de los mas altos recuerdos históricos. En verdad, cuando una reina moribunda llama en los muros de Cartago á las divinidades enemigas de Roma, y á los dioses vengadores de la hospitalidad; cuando Venus, sorda á los ruegos del Amor, escucha los votos del aborrecimiento, y niega á Dido un descendiente de Eneas y le concede un Anibal: tales portentos, espre-sados en un lenguaje maravilloso, no pueden pasar desapercibidos. La Historia ocupa entonces un puesto entre las Musas, y la ficcion se muestra tan grave como la verdad.

Despues de la muerte de Dido, la nueva colonia adoptó una forma de gobierno cuyas leyes ha encarecido Aristóteles. Unos poderes sabiamente equilibrados entre los dos primeros magistrados, los nobles y el pueblo, subsistieron sin destruirse por espacio de siete siglos; y apenas sufrieron alguna alteracion por las sediciones populares y algunas conspiraciones de

(1) El Bagrada de la antigüedad, á cuya márgen mató Rógulo la famosa serpiente.

(2) *Historia de Carlos V*, lib. V.

(3) No insertamos esta *Memoria*, por parecernos sobrado larga y de escaso interés para nuestros lectores. (N. del T.)

los magnates. Como las guerras civiles, manantial de los crímenes públicos, son no obstante, madres de las virtudes privadas, la república ganó más que perdió en tales tempestades. Si sus destinos sobre la tierra no fueron tan largos como los de su rival, á lo menos la libertad no sucumbió en Cartago sino con la patria.

Empero, como las naciones más libres son también las más entusiastas, hallamos á los cartagineses envueltos en guerras vergonzosas antes de la primera guerra púnica. Ellos esclavizaron aquellos pueblos de la Bética, cuyo valor no bastó á sostener su virtud; y habiéndose aliado con Jerjes, perdieron una batalla contra Gelon, el mismo día en que los lacedemonios perecieron en las Termópilas. A despecho de sus preocupaciones, los hombres tienen en tanta estima los sentimientos nobles, que nadie piensa en ochenta mil cartagineses degollados en los campos de la Sicilia, mientras el mundo entero recuerda á los trescientos espartanos que perecieron por obedecer las santas leyes de su patria. La grandeza de una causa, que no sus medios, conduce á la verdadera celebridad; el honor ha formado en todos tiempos la parte más sólida de la gloria.

Después de haber combatido alternativamente á Agatocles en África y á Pirro en Sicilia, los cartagineses vinieron á las manos con la república romana. La causa de la primera guerra púnica fue liviana; pero esta guerra llevó á Régulo á las puertas de Cartago.

No queriendo los romanos interrumpir el curso de las victorias de este gran hombre, ni enviar á los cónsules Fulvio y M. Emilio á ocupar su puesto, le mandaron permanecer en África en calidad de prócónsul. Régulo se quejó de estos honores, y escribió al Senado rogándole con vehemencia le quitase el mando del ejército, pues un asunto interesante á sus ojos reclamaba su presencia en Italia. Tenía un campo de siete yugadas en Pupino; y habiendo muerto el arrendatario de este campo, el criado de aquel había huido con los bueyes y los aperos rústicos. Régulo esponía á los senadores que si su hacienda quedaba inculta, le sería imposible proveer á la manutención de su mujer é hijos. El Senado mandó que el campo de Régulo fuese cultivado á expensas de la república; que se sacase del erario la suma necesaria para rescatar los objetos robados, y que sus hijos y esposa fuesen alimentados durante su ausencia á expensas del pueblo romano. Justamente admirado de esta envidiable sencillez, Tito Livio exclama: «¡Oh! ¡Cuán preferible es la virtud á las riquezas! Estas pasan con su poseedor, mientras aun escita profundo respeto la pobreza de Régulo.»

Este, marchando de victoria en victoria, se apoderó en breve de Túnez, cuya toma esparció la consternación entre los cartagineses, que pidieron la paz al prócónsul. Este labrador romano probó que es más fácil guiar el arado después de haber alcanzado victorias, que dirigir con mano segura una prosperidad brillante; el verdadero hombre grande está formado especialmente para brillar en el infortunio: muéstrase como deslumbrado en las prosperidades, y parece como extraño á la fortuna. Régulo propuso á los enemigos condiciones tan duras, que se vieron precisados á continuar la guerra.

Durante estas negociaciones, el destino llevó á través de los mares un hombre llamado á cambiar el curso de los acontecimientos: un lacedemonio, cuyo nombre era Xantipo, se presenta á retardar la ruina de Cartago; da una batalla á los romanos bajo los muros de Túnez, destruye su ejército, hace prisionero á Régulo, se reembarca y desaparece sin dejar otras huellas en la historia.

Régulo, conducido á Cartago, sufrió los más inhumanos tratamientos, pues se le hicieron espiar las duras victorias de su patria. Los que con irritante orgullo ataban á sus carrozas triunfales los reyes destronados, y las mujeres y niños vertiendo lágrimas, ¿podían es-

perar que se respetaría á un ciudadano romano prisionero?

La fortuna volvió á mostrarse propicia á los romanos. Cartago pidió segunda vez la paz, y al efecto envió embajadores á Italia, siendo Régulo uno de ellos. Sus señores le hicieron dar palabra de que volvería á su prisión si las negociaciones eran infructuosas, pues esperaban que abogarían con calor en defensa de una paz que le devolvería su patria.

Habiendo llegado Régulo á las puertas de Roma, se negó á entrar en la ciudad, porque había una ley antigua que prohibía á los extranjeros introducir en el Senado á los embajadores de un pueblo enemigo; y Régulo, que se miraba como un enviado de los cartagineses, hizo revivir en aquella ocasión la antigua costumbre; los senadores se vieron, por consiguiente, obligados á reunirse fuera de los muros de la ciudad. Régulo les declaró que iba á pedir por orden de sus dueños al pueblo romano la paz ó el cange de los prisioneros.

Los embajadores de Cartago, una vez espuesto el objeto de su misión, se retiraron; y como Régulo se dispusiese á seguirles, los senadores le pidieron asistiese á su deliberación.

Instado á que emitiese su dictamen, espuso con energía todas las razones que Roma tenía para continuar la guerra con Cartago. Los senadores, que admiraron tan sublime firmeza, deseaban salvar á tan digno ciudadano; y el gran pontífice sostuvo que se podía eximirle de los juramentos que había prestado.

«Seguid los consejos que os he dado, dijo el ilustre prisionero, con una voz cuya entereza llenó de asombro á la asamblea, y olvidad á Régulo; ¡no me quedaré en Roma después de haber sido el esclavo de Cartago, ni atraeré sobre vosotros la cólera de los dioses! He prometido á nuestros enemigos restituirme á su poder si deseáis la paz, y guardaré mi juramento. No se engaña á Júpiter con vanas espionajes; la sangre de los toros y las ovejas no alcanza á borrar una mentira, y el sacrilegio recibe su castigo más ó menos tarde.»

«No ignoro la suerte que me espera; pero un crimen mancharía mi alma, al paso que el dolor solo puede quebrantar mi cuerpo. Por otra parte, no hay males para el que sabe sufrirlos, puesto que si esceden las fuerzas naturales, la muerte nos emancipa de su peso. Padres conscriptos! Cesad de compadecerme; he dispuesto de mi persona, y nada puede hacerme cambiar de opinión. Vuelvo á Cartago; y al cumplir mi deber, me abandono á los dioses.»

Régulo puso el colmo á su magnanimidad, pues á fin de disminuir el interés que su vida escitaba, y para librarse de una compasión inútil, dijo á los senadores que los cartagineses le habían hecho beber un veneno lento antes de salir de su encierro, y añadió: «De este modo solo me perderéis algunos instantes que no valen la pena de ser comprados á precio de un perjurio.» Esto dicho, se levantó y alejó de Roma sin proferir una palabra más, fijos los ojos en el suelo, y rechazando á su esposa é hijos, ya sea porque temiese que al despedirse de ellos le dominase la ternura, ya porque se juzgase indigno, en su condición de esclavo cartaginés, de los abrazos de una matrona romana. Concluyó su vida en medio de horribles suplicios, si ya no es que el silencio de Polibio y de Diodoro no contradicen el relato de los historiadores latinos. Régulo fue un ejemplo digno de eterna recordación, de lo que pueden en un alma bien templada la religión del juramento y el amor pátrio. Y si el orgullo tuvo tal vez alguna parte en la resolución de este genio varonil, el hombre que supo castigarse de esta manera por haber sido vencido, era ciertamente digno de la victoria.

Después de veinte y cuatro años de guerras, un tratado de paz puso término á la primera guerra pú-

nica. Empero los romanos no eran ya aquel pueblo de labradores regido por un senado de reyes, que erigia altares á la Moderación y á la Pequeña-Fortuna: eran unos hombres que se creían formados para el mando, y á quienes la ambición impulsaba sin cesar á la injusticia. Invadieron, pues, bajo un frívolo pretexto la Cerdeña, y se felicitaron por haber hecho en plena paz una conquista á los cartagineses. Pero ignoraban que el vengador de la fe violada estaba ya á las puertas de Sagunto, y que en breve se presentaría en las colinas de Roma: aquí empieza la segunda guerra púnica.

Aníbal es á mis ojos el más célebre capitán de la antigüedad; y si no es el que escita más afecto, es el que despierta más admiración. Es cierto que ni tuvo el heroísmo de Alejandro, ni los talentos universales de César; pero escedió á entrambos como guerrero. Es lo más frecuente que el amor á la patria ó de la gloria sea el móvil que guía á los héroes á los prodigios; pero el esclusivo resorte de Aníbal fue el odio. Entregado á este genio de nueva especie, partió de las estremidades de España con un ejército compuesto de veinte pueblos diferentes; salvó los Pirineos, atravesó las Galias, subyugó á su paso las naciones enemigas, vadeó los ríos, y llegó al pié de los Alpes. Estas montañas, entonces sin caminos, defendidas por pueblos bárbaros, opusieron en vano su imponente barrera á Aníbal, que precipitándose desde sus nevadas cumbres sobre la sorprendida Italia, destruyó el primer ejército consular á las márgenes del Tesino; descargó el segundo golpe en la Trebia; el tercero en Trasimeno, y en el cuarto estuvo á punto de inmolarse á Roma en la llanura de Canas. Por espacio de diez y seis años hizo la guerra sin recibir el menor auxilio en el corazón de Italia; por espacio de diez y seis años no incurrió sino en una de esas faltas que deciden de la suerte de los imperios, y que parecen tan estranhas á la naturaleza de un gran hombre, que puede atribuirseles razonablemente á un oculto designio de la Providencia.

Infatigable en los peligros, inagotable en los recursos, astuto, ingenioso, elocuente, hasta sabio y autor de muchas obras, Aníbal tuvo todas las disposiciones que pertenecen á la superioridad del espíritu y á la fuerza del carácter; pero careció de las altas cualidades del corazón: frío, cruel, sin entrañas, nacido para destruir y no para fundar imperios, fue muy inferior á su rival en magnanimidad.

El nombre de Escipion el Africano es uno de los más hermosos de la historia. Amigo de los dioses, generoso protector del infortunio y de la hermosura, Escipion presenta algunos rasgos de semejanza con los antiguos caballeros. En él empieza esa urbanidad romana, adorno del genio de Ciceron, Pompeyo y César, y que reemplazó entre estos ilustres ciudadanos la rusticidad de Caton y de Fabricio.

Aníbal y Escipion se avistaron en los campos de Zama, célebre aquel por sus victorias, famoso este por sus virtudes, y dignos ambos de representar sus grandes patrias y de disputarse el imperio del mundo.

Al partir con rumbo á Africa la flota de Escipion, la costa de la Sicilia estaba ocupada por un pueblo inmenso y por innumerables soldados. Cuatrocientos bajeles de cargamento y cincuenta triremes cubrían la rada de Lilibea. La galera de Lelio, almirante de la flota, se distinguía entre todas por sus tres fanales, pues las demás naves llevaban uno ó dos luces, según su magnitud. Fijos estaban los ojos del mundo en aquella expedición destinada á arrancar á Aníbal de Italia, y decidir al fin de la suerte de Roma y Cartago. La quinta y la sexta legión que se habían hallado en la batalla de Canas, ardían en deseo de arrasar los hogares del vencedor. El general especialmente atraía todas las miradas, pues su piedad hacía los dioses, sus proezas en España, donde había vengado la muerte de su tío y de su padre; el proyecto de llevar la guerra

á Africa, proyecto que solo él había concebido contra la opinión del gran Fabio; y finalmente ese favor que los hombres conceden á las empresas atrevidas, á la gloria, la hermosura y la juventud, hacían de Escipion el objeto de todos los votos y de todas las esperanzas.

Llegado el día de la partida, Escipion se mostró al amanecer en la popa de la galera de Lelio, á la vista de la escuadra y de la multitud que cubría las alturas de la orilla. Un heraldo levantó su cetro é impuso silencio. Escipion exclamó:

«¡Dioses y diosas de la tierra, y vosotras, divinidades del mar, conceded un éxito feliz á mi empresa! Cedan mis proyectos en gloria mía y en la del pueblo romano! ¡Ojalá que regresemos un día á nuestros hogares, llenos de regocijo, y cargados con los despojos del enemigo; y ojalá Cartago sufra las calamidades con que había amenazado á mi patria!»

Dichas estas palabras, se degolló una víctima; Escipion arrojó al mar las humeantes entrañas; las velas se desplegaron al sonido de la trompeta; y un viento favorable impelió toda la flota á lo largo de las costas de la Sicilia.

Al otro día de la partida, se dejó ver la tierra de África, y el promontorio de Mercurio; la noche sobrevino y la flota se vió obligada á echar anclas. Al salir el nuevo sol, Escipion descubrió la costa, y preguntó cual era el nombre del promontorio más cercano á las naves: «Es el cabo Hermoso,» respondió el piloto. A este nombre de venturoso presagio, el general saludó la fortuna de Roma, y mandó volver la proa de su galera hácia el lugar señalado por los dioses.

El desembarco se efectuó sin obstáculo alguno; esparcióse la consternación por ciudades y campos; los caminos estaban cubiertos de hombres, mujeres y niños que huían con sus rebaños; aquella escena parecía una de esas grandes emigraciones de los pueblos, cuando naciones enteras abandonan los sepulcros de sus antepasados, por la cólera ó por la voluntad del cielo. El espanto se apoderó de Cartago; todos corrieron á las armas; cerráronse las puertas y se colocaron soldados en las murallas, como si los romanos se hallasen ya prontos á dar el asalto.

No obstante, Escipion envió su flota á Útica; y mientras marchaba por tierra con ánimo de sitiar esta ciudad, se le incorporó Masinisa al frente de dos mil caballos.

Este rey nómada, antiguo aliado de los cartagineses, había hecho la guerra á los romanos en España, y habiendo perdido y reconquistado muchas veces su reino por una serie de aventuras extraordinarias, se hallaba fugitivo cuando Escipion desembarcó en África. Sifax, príncipe de los gétulos, que había casado con Sofonisba, hija de Asdrúbal, acababa de apoderarse de los estados de Masinisa. Este se arrojó en brazos de Escipion, y los romanos le debieron parte de los triunfos de sus armas.

Después de algunas batallas felices, el general romano sitió á Útica. Los cartagineses, acaudillados por Asdrúbal y Sifax, formaron dos campamentos separados á la vista del de los romanos. Escipion consiguió incendiar estos campamentos, cuyas tiendas eran de esteras y cañas, á usanza de los nómadas, lo que produjo la muerte de cuarenta mil hombres en una sola noche. El vencedor, que se apoderó en aquella ocasión de una prodigiosa cantidad de armas, las hizo quemar en honor de Vulcano.

Mas no por esto se desalentaron los cartagineses, sino que decretaron grandes reclutamientos. Sifax, movido por las lágrimas de Sofonisba, se mantuvo fiel á los vencidos, y arriesgó de nuevo su vida por defender la patria de una mujer á quien amaba con delirio. Favorecido constantemente por el cielo, Escipion derrotó los ejércitos enemigos, tomó las ciudades sometidas á ellos, se apoderó de Túnez y amenazó

á Cartago con una completa destrucción. Arrastrado por su fatal amor, Sifax se atrevió á presentarse de nuevo ante los vencedores, con un arrojito digno por cierto de mejor suerte. Abandonado por los suyos en el campo de batalla, se precipitó solo sobre los escuadrones romanos, prometiéndose que sus soldados, avergonzándose de abandonar á su rey, volverían á ir á morir á su lado; pero los cobardes continuaron en su fuga, y Sifax cuyo caballo murió de un bote de pica, cayó vivo en manos de Masinisa.

Estremado motivo de júbilo fue para este ver prisionero suyo al usurpador de su corona; algún tiempo después, los azares de la guerra pusieron también en poder de Masinisa á Sofonisba, la esposa de Sifax. La desventurada se arrojó á los pies del vencedor, exclamando:

«Tu prisionera soy, pues así lo quieren los dioses, tu valor y la fortuna; pero, por tus rodillas que abrazó, y por esa mano vencedora que me permites tocar, te suplico ¡oh Masinisa! que me admitas por tu esclava, y me libres del horror de verme juguete de un bárbaro. ¡Ah! No hace sino un momento que estaba, como tú ahora, rodeada de la magestad de los reyes! Reflexiona que no puedes renegar de tu sangre, y que compartes con Sifax el nombre de nómida. Mi esposo salió de ese palacio, por la cólera de los dioses: ¡ojalá hayas tu podido entrar en él bajo mas felices auspicios! Juzga lo que debo prometerme de un romano, siendo como soy ciudadana de Cartago é hija de Asdrúbal. Si no puedo ser esclava de un príncipe nacido en el suelo de mi patria; si solo la muerte puede librarme del yugo extranjero, dame esa muerte, y la contaré en el número de tus beneficios.»

Masinisa se enterneció al ver el triste lloro y la suerte aun mas triste de Sofonisba, que brillaba en todo el esplendor de la juventud y de una incomparable hermosura. Sus ruegos, dice Tito Livio, eran menos súplicas que caricias. El ya vencido Masinisa le prometió todo; y no menos enamorado que Sifax, hizo su esposa á su prisionera.

Sifax, cargado de cadenas, fue presentado á Escipion. Este eminente varón, que poco antes habia visto dueño de un trono al que entonces contemplaba á sus pies, sintióse movido á compasión. Sifax, que habia sido en otro tiempo aliado de los romanos, hizo recaer sobre Sofonisba la culpabilidad de su defección. «Las antorchas de mi fatal timoneo, dijo han reducido á cenizas mi palacio; pero una cosa me consuela: la furia que ha destruido mi casa, ha pasado al tálamo de mi enemigo, y reserva á Masinisa una suerte igual á la mia.»

Sifax ocultaba de esta manera bajo la máscara del odio los crueles zelos que le arrancaban estas palabras, porque amaba aun á Sofonisba. Escipion no estaba sin inquietud, pues temia no sin razon, que la hija de Asdrúbal adquiriese sobre Masinisa el ascendiente que habia ejercido sobre Sifax. La pasión de Masinisa se presentaba con un sello de estremada violencia, pues se habia apresurado á celebrar sus bodas antes de dejar las armas; é impaciente por unirse á Sofonisba, habia encendido las antorchas nupciales delante de los dioses domésticos de Sifax, dioses acostumbrados á oír los votos formados contra los romanos. Masinisa habia vuelto á unirse á Escipion, quien elogiándole, le dirigió algunas ligeras acusaciones por su conducta hácia Sofonisba. Entonces Masinisa entró en cuentas consigo mismo, y temiendo atraerse la desgracia de los romanos, sacrificó su amor á su ambición. Oyósele gemir en su tienda, y luchar contra esos sentimientos generosos que no es dado al hombre arrancar de su corazón sin violento esfuerzo. Hizo llamar al oficial encargado de guardar el veneno del rey: este veneno servia á los príncipes africanos para librarse de la vida cuando caían en un mal irremediable; de este modo, la corona que no estaba entre ellos al abrigo de las tempestades de la fortuna, estaba á lo menos á cubierto del desprecio: Masinisa mezcló el veneno en una copa para enviarlo á Sofonisba. Después, dirigiéndose al oficial encargado de tan triste mensaje, le dijo: «Dí á la reina que si en mí hubiera consistido, nunca Masinisa se hubiera separado de Sofonisba. Si los dioses de los romanos lo ordenan de otro modo, le guardo á lo menos una de mis promesas: no caerá viva en manos de sus enemigos, si se somete á su fortuna como ciudadana de Cartago, como hija de Asdrúbal y como esposa de Sifax y de Masinisa.»

El oficial entró en el aposento de Sofonisba, y le entregó la orden del rey: «Recibo con alegría este presente nupcial, dijo la desgraciada, si es cierto que un marido no ha podido hacer otro obsequio á su mujer. Dí á tu señor que al perder la vida hubiera á lo menos conservado el honor sino me hubiese casado con Masinisa la víspera de su muerte.» Dichas estas palabras, bebió el veneno.

Así las cosas, los cartagineses llamaron á Anibal, que derramó lágrimas de ira, acusó á sus conciudadanos, se quejó de los dioses y se acusó de no haber marchado á Roma después de la batalla de Canas. Nunca un hombre, al abandonar su país para marchar al destierro, esperimentó mas dolor que Anibal, al arrancarse á una tierra extranjera para volver á su patria.

Desembarcó en la costa de Africa con los veteranos que habian atravesado, como él, las Españas, las Galias y la Italia; veteranos que ostentaban mas haces arrebatadas á los pretores, á los generales y á los cónsules, que las con que todos los magistrados de Roma se hacían preceder. Anibal habia estado treinta y seis años ausente de su patria, de la que habia salido en la niñez, y volvía en la edad madura, como lo dijo á Escipion. ¡Cuáles debieron ser las reflexiones de aquel gran hombre, cuando volvió á ver á Cartago, cuyos muros y habitantes le eran casi extranjeros! Dos de sus hermanos habian muerto; los compañeros de su infancia habian desaparecido; las generaciones se habian sucedido; los templos cargados de los despojos de los romanos fueron sin duda los unicos lugares que Anibal pudo reconocer en aquella nueva Cartago. Si sus compatriotas no se hubiesen dejado cegar por la envidia, ¡con cuánta admiración hubieran contemplado al héroe que por espacio de treinta años derramara su sangre por ellos en una region lejana, cubriéndoles de imarcesible gloria! Pero cuando los servicios son tan eminentes que sobrepujan los límites del agradecimiento, no reciben otra recompensa que la ingratitud. Anibal tuvo la desgracia de ser mas grande que el pueblo en que habia nacido, y su destino fue vivir y morir en extraño suelo.

El general cartaginés condujo su ejército á Zama, y Escipion acercó su campamento al de Anibal. Este tuvo tan claro presentimiento de la infidelidad de la fortuna, que pidió una entrevista al general romano, para proponerle la paz; fíjose, pues, el punto de reunion. Cuando los dos capitanes se vieron frente á frente, quedaron mudos y llenos de recíproca admiración. Anibal tomó al fin la palabra, y dijo:

«¡Escipion! los dioses han querido que tu padre fuese el primer general enemigo á quien me he dejado ver en Italia, con las armas en la mano; esos mismos dioses me mandan venga hoy á pedir desarmado la paz á su hijo. Has visto á los cartagineses acampados á las puertas de Roma; hoy resuena en el recinto de Cartago el estruendo de un campamento romano. Niño salí de mi patria, y vuelvo á ella cargado de días; una larga experiencia de la próspera y la adversa fortuna me ha enseñado á juzgar de las cosas por la razon, no por los acontecimientos. Tu juventud, y la felicidad que aun no te ha

abandonado, te harán acaso enemigo del reposo; porque en el caso próspero no se fija la atención en los contratiempos. Tienes la edad que yo tenía en Canas y Trasimeno; medita lo que he sido, y aprende en mi ejemplo á conocer la volubilidad de la fortuna. El que te habla como suplicante es ese Anibal, que acampado entre el Tiber y el Teveron, próximo á saltar á Roma, deliberaba sobre lo que haría de tu patria. He llevado el espanto á los campos de tus padres, y ora me veo precisado á pedirte evites á mi patria iguales calamidades. Nada es tan inseguro como la suerte de las armas; un momento puede arrebatarte tu gloria y tus esperanzas. Si consientes en la paz, quedarás árbitro de tus destinos; si combates, entregarás tu suerte al capricho de la casualidad.»

A este estudiado discurso, Escipion contestó con mas franqueza, si bien con menos elocuencia; desechó como insuficientes las proposiciones de paz que le hacia Anibal, y no se pensó ya sino en combatir. Es probable que el interés de la patria no fuese el único motivo que indujo al general romano á romper con el cartaginés, pues debemos creer que Escipion no pudo vencer el deseo de medirse con Anibal.

El día que siguió á esta entrevista, dos ejércitos, compuestos de veteranos y conducidos por los dos mayores capitanes de los dos mayores pueblos de la tierra, se adelantaron para disputarse, no ya los muros de Roma y de Cartago, sino el imperio del mundo, premio de este postrer combate.

Escipion colocó los piqueros en la primera fila, los príncipes en la segunda y los triarios en la tercera, interrumpiendo estas líneas á intervalos iguales para abrir paso á los elefantes de Cartago. Los vélites, esparcidos en estos intervalos, debían, según lo requiriese el caso, replegarse á espalda de los soldados pesadamente armados, ó derramar sobre los elefantes una granizada de flechas y dardos. Lelio cubría el ala izquierda del ejército con la caballería latina, y Masinisa mandaba en el ala izquierda los ginetes nómidas.

Anibal colocó ochenta elefantes al frente de su ejército, cuya primera línea estaba compuesta de ligurios, galos, baleares y moros; los cartagineses se mostraban en la segunda línea; y los brucianos formaban á espalda de estos una especie de reserva, con la cual el general contaba poco. Anibal opuso su caballería á la de los romanos, los cartagineses á Lelio, y los nómidas á Masinisa.

Los romanos fueron los primeros en dar la señal del ataque, prorumpiendo al mismo tiempo en tan descomunal vociferación, que asustada una parte de los elefantes, se replegó sobre el ala izquierda del ejército de Anibal y esparció la confusión entre los ginetes nómidas. Masinisa, al ver tal desorden, cayó sobre ellos, y acabó de ponerlos en completa fuga. La otra parte de los elefantes, que se habia precipitado sobre los romanos, fue rechazada por los vélites, y causó en el ala derecha de los cartagineses el mismo desastre que en la izquierda. Así, pues, desde la primera embestida Anibal se vió sin caballería, y descubierto en ambos flancos: razones poderosas, de que la historia no ha podido adquirir noticia, le impidieron sin duda pensar en la retirada.

Habiendo venido á las manos la infantería, los soldados de Escipion derrotaron fácilmente la primera línea enemiga, compuesta de mercenarios. Los romanos y los cartagineses se hallaron entonces frente á frente. Los primeros, que para llegar á los segundos, se veían precisados á pasar sobre montones de cadáveres, rompieron su línea, y estuvieron á punto de perder la victoria. Viendo Escipion el peligro, cambió su orden de batalla, haciendo pasar los príncipes y los triarios á la primera fila, y colocándolos á derecha é izquierda de los piqueros; por este medio desconcertó el frente del ejército de Anibal, que habia

perdido ya su caballería y la primera línea de sus infantes. Los veteranos cartagineses sostuvieron la gloria que se habian conquistado en tantas batallas. Distinguiase entre ellos, por sus coronas, á muchos soldados rasos que habian dado muerte á generales y cónsules. Pero la caballería romana, que volvía de la persecución del enemigo, cargó por retaguardia á los antiguos compañeros de Anibal, que rodeados por todas partes pelearon hasta el último suspiro, y no abandonaron sus banderas sino con la vida. El mismo Anibal, después de haber hecho todo lo que debe esperarse de un general y de un soldado intrépido, huyó con algunos ginetes.

Dueño del campo de batalla, Escipion hizo grandes elogios de la pericia que su competidor habia mostrado en los varios lances de la batalla. ¿Era esto generosidad ó orgullo? Tal vez era lo uno y lo otro, porque el vencedor era Escipion y Anibal el vencido.

La batalla de Zama puso término á la segunda guerra púnica. Cartago pidió la paz, pero la recibió bajo condiciones que presagiaban su próxima ruina. Anibal, que no se atrevió á entregarse á la fe de un pueblo ingrato, abandonó su patria, y recorrió las cortés extranjeras suscitando en todas partes enemigos á los romanos, que le perseguían en todas, dando á unos reyes débiles consejos que eran incapaces de seguir, y aprendiendo á costa de la propia esperiencia que los huéspedes coronados no entienden el lenguaje de la gloria y del infortunio. Dícese que encontró en Efeso á Escipion, y que este le preguntó: ¿Quién ha sido, en tu concepto, el primer capitán del mundo?—Alejandro, respondió el cartaginés.—¿Y el segundo? añadió Escipion.—Pirro.—¿Y el tercero?—Yo.—¿Qué sería, pues, repuso Escipion riendo, si me hubieses vencido?—Me hubiera antepuesto á Alejandro, replicó Anibal. Estas palabras prueban que el ilustre desterrado habia aprendido en las cortés el arte de la lisonja, y que abrigaba á la vez sobrada modestia y sobrado orgullo.

Por último, los romanos no pudieron resolverse á dejar vivir á Anibal. Aunque solo, proscrito y desgraciado, les parecia que aun hacia vacilar la fortuna del Capitolio; sentíanse humillados al pensar que habia en el mundo un hombre que los habia vencido, y á quien no intimidaba su grandeza. Enviaron, pues, una embajada al corazón de Asia, pidiendo al rey Prusias la muerte de su suplicante, y Prusias cometió la villanía de abandonar á Anibal. Entonces, este gran hombre tomó el veneno, diciendo con amarga ironía: «¡Libremos á los romanos del miedo que les causa un anciano desterrado, inerme y vendido!»

Escipion esperimentó, como Anibal, los sinsabores inherentes á la gloria, y concluyó sus días en Literna en un destierro voluntario. Háse notado que Anibal, Filópemen y Escipion murieron casi en el mismo tiempo, víctimas los tres de la ingratitud de sus respectivos países. El Africano hizo grabar sobre su sepultura esta tan conocida inscripción:

INGRATA PATRIA,
NO GUARDARÁS MIS HUESOS.

Pero la proscripción y el destierro que pueden hacer olvidar los nombres vulgares, atraen la atención hácia los ilustres: la virtud venturosa no deslumbra; pero nos excita vehementes simpatías cuando la vemos perseguida.

Cartago no sobrevivió mucho tiempo á Anibal. Escipion Násica y los senadores mas prudentes querían conservar á Roma una rival; pero no es dado al hombre cambiar los destinos de los imperios. Triunfó el odio ciego del anciano Catón, y los romanos empezaron la tercera guerra púnica bajo los mas frívolos pretextos.

Emplearon desde el principio de ella una irritante